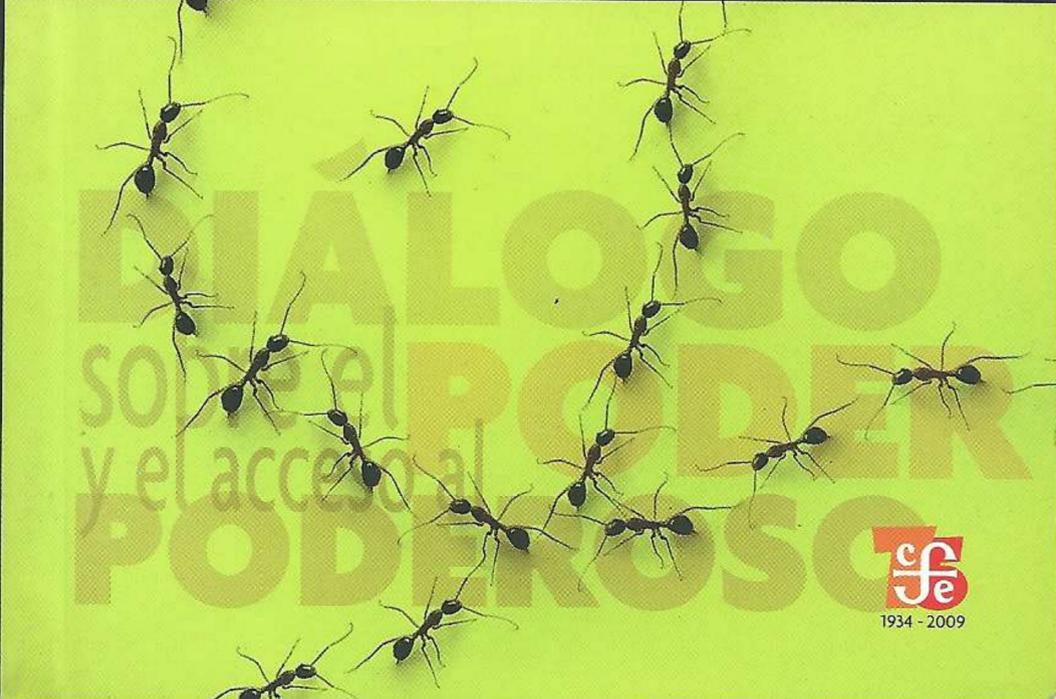


A group of black ants is scattered across a bright yellow background. Some ants are larger than others, and they are in various orientations, some facing left, some right, and some towards the viewer.

**Diálogo sobre el poder
y el acceso al poderoso**

Carl Schmitt

A group of black ants is scattered across a bright yellow background. The text 'DIÁLOGO sobre el PODER y el acceso al PODEROSO' is printed in a large, semi-transparent font. A small red logo with the letters 'CFE' and the years '1934 - 2009' is located in the bottom right corner of the yellow area.

DIÁLOGO
sobre el **PODER**
y el acceso al **PODEROSO**



1934 - 2009

Participan en este diálogo:

E (un joven estudiante, que pregunta)

CS (Carl Schmitt, que responde)

El intermezzo puede ser leído por un tercero.

E: Antes de hablar sobre el poder, debo hacerle una pregunta.

CS: Adelante.

E: ¿Tiene usted poder o carece usted de él?

CS: Es una pregunta muy procedente. Quien hable sobre el poder debe empezar por aclarar cuál es su situación respecto del poder.

E: Le reitero entonces mi pregunta. ¿Tiene usted poder o carece de él?

CS: No poseo poder alguno. Me cuento entre quienes carecen de poder.

E: Esto despierta sospechas.

CS: ¿Por qué?

E: Porque es de suponer entonces que está usted predispuesto *en contra* del poder. El eno-

jo, la amargura, el resentimiento son fuentes de error muy dañinas.

CS: ¿Y si me contara entre los poderosos?

E: Entonces es de suponer que estaría predispuesto *a favor* del poder. Naturalmente, el interés en el propio poder y en afirmarlo también es una fuente de error.

CS: ¿Quién tiene derecho entonces a hablar sobre el poder?

E: Eso tendría que decírmelo *usted*.

CS: Pues yo diría que tal vez haya una tercera posición: la del tratamiento y la descripción desinteresados.

E: ¿Ése sería entonces el rol del tercer hombre o de la inteligencia sin lazos ni raíces?

CS: ¡Inteligencia, inteligencia! Mejor no empeemos ya con este tipo de categorizaciones. Tratemos de empezar por ver en su dimensión correcta un fenómeno histórico que todos experimentamos y soportamos. Ya se verá el resultado.

I.

E: Hablamos entonces del poder que ejercen los hombres sobre otros hombres. ¿De dónde proviene el inmenso poder que Stalin o Roosevelt o cualquier otro que se le ocurra han ejercido sobre millones de otros hombres?

CS: En otros tiempos se habría respondido que el poder procede de la naturaleza o que viene de Dios.

E: Me temo que en la actualidad el poder ya no nos parece algo de origen natural.

CS: Comparto su temor. Hoy nos sentimos muy superiores respecto de la naturaleza. Ya no le tememos. En la medida en que nos resulta inconveniente, ya sea bajo la forma de una enfermedad o de una catástrofe natural, esperamos dominarla sin demoras. Mediante la técnica, el hombre -ser viviente débil por naturaleza- se ha elevado con enorme poderío por sobre su medio ambiente. Se ha con-

vertido en señor de la naturaleza y de todos los seres vivientes de esta tierra. Los límites que la naturaleza le imponía claramente en otros tiempos, el frío y el calor, el hambre y las carencias, los animales salvajes y toda clase de peligros, estos límites naturales están retrocediendo visiblemente.

E: Es verdad. Ya no hay razón para temerles a los animales salvajes.

CS: Las hazañas de Hércules nos resultan en la actualidad bastante modestas; si hoy en día un león o un lobo van a dar a una gran ciudad, se convierten, como máximo, en un problema para el tránsito, y ya no asustan a los niños. El hombre se siente hoy en una posición tal de superioridad respecto de la naturaleza que puede darse el lujo de establecer parques naturales donde se la protege.

E: ¿Y qué pasa con Dios?

CS: En lo que a *Dios* respecta, el hombre moderno -me refiero al típico habitante de las grandes ciudades- también tiene la sensación de que Dios está retrocediendo o de que se ha apartado de nosotros. Si en la actuali-

dad se pronuncia el nombre de Dios, quienes hoy en día cuentan con una educación promedio traen a colación automáticamente la sentencia de Nietzsche: "Dios ha muerto". Otros, mejor informados, citan una sentencia del socialista francés Proudhon, que se adelanta cuarenta años a la sentencia de Nietzsche y afirma: "Quien dice Dios quiere engañar".

E: Si el poder no procede ni de la naturaleza ni de Dios, ¿de dónde proviene entonces?

CS: Nos queda entonces una sola respuesta: el poder que un hombre ejerce sobre otros hombres proviene de los propios hombres.

E: Eso ya parece mejor. Hombres somos todos. Stalin también era un hombre, también lo era Roosevelt o cualquier otro que se le ocurra.

CS: Suena tranquilizador. Si el poder que un hombre ejerce sobre otros hombres procede de la naturaleza, o bien es el poder del progenitor sobre su cría o es la superioridad de dientes, cuernos, patas, garras, glándulas de veneno y otras armas naturales. Aquí podemos prescindir del poder del progenitor sobre su cría.

Nos queda entonces el poder del lobo sobre la oveja. Un hombre que tiene poder sería un lobo respecto de los hombres carentes de poder. Quien carece de poder se siente como la oveja hasta que a su vez llega a la situación de tener poder y entonces asume el papel del lobo. Es lo que dice el proverbio latino: "Homo homini lupus". En español: "El hombre es un lobo para el hombre".

E: ¡Abominable! ¿Y si el poder proviene de Dios?

CS: Entonces, quien lo ejerce es portador de una cualidad divina: con su poder lleva a cabo algo divino; deberíamos honrarlo, si bien no a él específicamente, al poder de Dios que en él se manifiesta. Es lo que dice el proverbio latino: "Homo homini Deus". En español: "El hombre es un dios para el hombre".

E: ¡Eso ya es ir demasiado lejos!

CS: Pero si el poder no proviene de la naturaleza ni de Dios, todo lo concerniente al poder y a su ejercicio sólo se desarrolla entre los hombres. Se trata nada más que de hombres. Los poderosos respecto de los que carecen de poder;

los potentes respecto de los impotentes: no son más que hombres respecto de hombres.

E: Es decir: "El hombre es un hombre para el hombre".

CS: Es lo que dice el proverbio latino: "Homo homini homo".

II.

E: Está claro. El hombre es un hombre para el hombre. Es sólo porque hay hombres que obedecen a otro hombre que a éste le es concedido el poder. Si dejan de obedecerle, el poder desaparece por sí solo.

CS: Correcto. Pero ¿por qué obedecen? La obediencia no es arbitraria, sino motivada de alguna manera. ¿Por qué es que los hombres le otorgan su consentimiento al poder? En algunos casos, por confianza; en otros, por temor; a veces por esperanza, a veces por desesperación. En todos los casos, sin embargo, necesitan de la protección, y la buscan junto al poder. Desde el punto de vista de los hombres, la relación entre protección y obediencia sigue siendo la única explicación para el poder. Quien no tiene poder para proteger a alguien tampoco tiene el derecho de exigirle obediencia. Y viceversa: quien necesita protección y la recibe no tiene derecho a rehusar la obediencia.

E: ¿Y si el poderoso ordena algo que va contra la ley? ¿Acaso habrá que negarse a obedecer?

CS: ¡Por supuesto! Pero no me estoy refiriendo a órdenes aisladas que van contra la ley, sino a una situación general en la cual los poderosos y los sujetos al poder conforman una unidad política. Se da aquí el caso de que quien tiene el poder puede generar continuamente estímulos eficaces para la obediencia, que de ningún modo son siempre inmorales: otorgando protección y una existencia asegurada, mediante la educación y el interés solidario por los otros. En resumen: es verdad que el consenso genera poder, pero el poder también genera consenso, y no es en absoluto un consenso irracional o inmoral en todos los casos.

E: ¿Qué significan sus palabras?

CS: Que el poder –aun allí donde se lo ejerce con el pleno consentimiento de los que están sujetos a él– tiene un cierto significado propio, un valor agregado, por así decir. Es más que la suma de todos los consentimientos que recibe y también más que el producto de todos ellos. Considere simplemente la firmeza con que el hombre está sujeto al contexto social

en la actual sociedad de división del trabajo. Vimos antes que la barrera de la naturaleza está retrocediendo ante el avance del hombre; es ahora la barrera social la que avanza sobre él y se aproxima con fuerza tanto mayor. De esta manera, se torna también cada vez más fuerte el estímulo para el consentimiento al poder. Un poderoso moderno tiene muchísimos más medios de lograr consenso para su poder que Carlomagno o Barbarroja.

III.

E: ¿Dice usted, entonces, que hoy en día un poderoso puede hacer lo que quiere?

CS: Por el contrario. Sólo digo que el poder es una magnitud independiente, aun respecto del consenso que haya logrado, y quisiera señalarle ahora que también lo es respecto del poderoso mismo. El poder es una magnitud objetiva, con reglas propias, respecto de cualquier individuo en cuyas manos se encuentre.

E: ¿Qué debemos entender aquí por magnitud objetiva, con reglas propias?

CS: Algo muy concreto. Tenga presente que hasta el más temible de los poderosos sigue estando sujeto a los límites de la naturaleza física humana, a lo deficiente del intelecto del hombre y a la debilidad de su psique. Hasta el más poderoso de los hombres debe alimentarse y beber como todos nosotros. También se enferma y envejece.

E: Pero la ciencia moderna nos provee de recursos sorprendentes para superar las barreras de la naturaleza humana.

CS: Aun así. El poderoso puede convocar a los médicos más famosos, a ganadores de premios Nobel. Puede hacerse inyectar más medicamentos que cualquier otro. Sin embargo, tras algunas horas de trabajo o de vicio se cansa y se queda dormido. Entonces el temible Caracalla, el poderoso Gengis Khan duermen como un niño pequeño y hasta llegan a roncar.

E: Todo poderoso debería tener siempre presente esta imagen.

CS: Así es, y filósofos y moralistas, pedagogos y retóricos siempre se han complacido en imaginarlo así. Pero no nos detendremos en esto. Sólo quisiera mencionar que quien sigue siendo el más moderno de todos los filósofos que han tratado el tema del poder exclusivamente humano –el inglés Thomas Hobbes– toma esta debilidad común a todo individuo como punto de partida para su construcción del Estado. Hobbes realiza su construcción de la siguiente manera: la debilidad genera la si-

tuación de peligro; dicha situación de peligro genera temor; el temor, el deseo de seguridad, y éste a su vez la necesidad de un aparato de protección con un grado mayor o menor de complejidad organizativa. Pero –según Hobbes– a pesar de todas las medidas de protección, cualquiera puede matar a otro en el momento preciso. Un hombre débil puede llegar a encontrarse en la situación de matar al más fuerte y poderoso de los hombres. En este aspecto, todos los hombres son, en verdad, iguales, en tanto todos están amenazados y en peligro.

E: Triste consuelo.

CS: De hecho, no era mi intención consolar ni atemorizar, sino dar una imagen objetiva del poder humano. Pero, por otra parte, la situación de peligro físico es lo menos complicado, y ni siquiera es algo cotidiano. Hay otro efecto de los estrechos límites de todo individuo que es más adecuado para mostrar lo que aquí nos ocupa: la objetiva autonomía normativa de todo poder respecto del poderoso mismo y la ineludible dialéctica interior de poder e impotencia en la que se encuentra atrapado todo poderoso.

E: La dialéctica aquí no me sirve para nada.

CS: Ya veremos. El individuo en cuyas manos se encuentran por un instante las grandes decisiones políticas sólo puede lograr su voluntad en determinadas circunstancias y con determinados medios. Hasta el príncipe más absoluto debe basarse en noticias e información que le brindan terceros y depende de sus asesores. Hay una cantidad inconmensurable de hechos y comunicaciones, propuestas y suposiciones que pugnan por llegar hasta él, día tras día y hora tras hora. El hombre más astuto y poderoso puede, en el mejor de los casos, extraer unas pocas gotas de este mar infinito y fluctuante de verdad y mentira, realidades y posibilidades.

E: Allí se ven en verdad el esplendor y la miseria de los príncipes absolutistas.

CS: Se ve sobre todo la dialéctica interna del poder humano. Quien le presenta un proyecto al poderoso, quien lo informa, ya participa del poder, sea un ministro cofirmante del proyecto o alguien que sabe llegar de manera indirecta al oído del poderoso. Es suficiente que le transmita impresiones y motivos al in-

dividuo en cuyas manos se encuentran momentáneamente las decisiones. Todo poder directo está así sujeto a influencias indirectas. Hubo poderosos que al percibir esta dependencia fueron presa de la ira y la furia. Trataron entonces de prescindir de su consejero oficial y de informarse por otros medios.

E: Considerando la corrupción reinante en las cortes, no les faltó razón.

CS: Sin duda. Pero esto los llevó lamentablemente a quedar atrapados en una nueva dependencia, que a menudo resultó grotesca. El califa Harún al-Raschid decidió como último recurso recorrer las tabernas de Bagdad por las noches vestido con ropas de hombre común, para llegar a conocer la auténtica verdad. No sé qué fue lo que descubrió y bebió en esta fuente tan dudosa. En su vejez, Federico el Grande se volvió tan desconfiado que sólo hablaba abiertamente con su ayuda de cámara. El ayuda de cámara se convirtió así en un hombre influyente, si bien siguió siendo tan fiel y virtuoso como siempre.

E: Otros poderosos terminan confiando en sus chóferes o sus amantes.

CS: En otras palabras, delante de cada espacio de poder directo se forma una antesala de influencias y poderes indirectos, un acceso al oído, un pasaje a la psique del poderoso. No hay poder humano que carezca de esta antesala y este pasaje.

E: Es posible, sin embargo, evitar algunos abusos mediante instituciones razonables y disposiciones constitucionales.

CS: Eso no sólo puede hacerse: debe hacerse. No hay institución, por sabia que sea, ni organización, por sofisticada que sea, que pueda por sí sola destruir totalmente esa antesala; no hay ataque de ira contra la camarilla o la antecámara que pueda eliminarla por completo. Es imposible eludirla.

E: Más bien me parece una escalera de servicio.

CS: Antecámara, escalera de servicio, desván o sótano: la cosa en sí misma es clara y es igual para la dialéctica del poder humano. De todos modos, en el curso de la historia universal, en esta antesala del poder ha convergido una sociedad multiforme y heterogénea. Aquí se reúnen los indirectos. Encontramos

ministros y embajadores con sus uniformes imponentes, pero también confesores y médicos de cabecera, edecanes y secretarias, ayudas de cámara y amantes. Aquí se encuentra el viejo Fredersdorff, ayuda de cámara de Federico el Grande, junto a la noble emperatriz Augusta, Rasputín junto al cardenal Richelieu, una eminencia gris junto a una Mesalina. A veces hay en esta antesala hombres prudentes y sabios; a veces, administradores maravillosos o virtuosos mayordomos de palacio; a veces, torpes arribistas y estafadores. A veces la antesala es de hecho la sala oficial de recepción, donde se reúnen a discutir honorables señores antes de ser recibidos. Pero muchas veces no es más que un despacho privado.

E: O incluso la habitación de un enfermo, donde unos amigos se han reunido en torno al lecho de un parálítico y desde allí gobiernan el mundo.

CS: Cuanto más concentrado esté el poder, como en una cima, en un determinado puesto, en un determinado hombre o grupo de hombres, más se agudiza el problema del pasaje y la cuestión del acceso a la cima. Más vio-

lenta, acérrima y sorda se vuelve también la lucha entre quienes ocupan la antesala y controlan el pasaje. Esta lucha en el ambiente turbio de las influencias indirectas es tan inevitable como esencial para todo poder humano. Es en esta lucha que se materializa la dialéctica interna del poder humano.

E: ¿No son acaso meros desprendimientos de formas de un régimen personal?

CS: No. El fenómeno de la construcción del pasaje del que aquí hablamos se presenta a diario en partículas mínimas, infinitesimales, en lo grande y en lo pequeño, en todo lugar donde los hombres ejerzan su poder sobre otros hombres. En la misma medida en que se forma un espacio de poder, se organiza también de inmediato una antesala para dicho poder. Cada aumento del poder directo condensa y espesa la atmósfera de las influencias indirectas.

E: Esto puede llegar a ser bueno si el poderoso no cumple con lo que debe. Aún no veo claramente qué es mejor aquí, si el poder directo o lo indirecto.

CS: Para mí, lo indirecto no es más que un estadio en el inevitable desarrollo dialéctico del poder humano. El poderoso mismo se aísla más cuanto más se concentra el poder directo en su propia persona. El pasaje lo separa del piso y lo eleva como a una estratosfera en la cual sólo alcanza a quienes lo dominan indirectamente, mientras que ya no alcanza a todos los demás hombres sobre quienes ejerce su poder, como tampoco ellos lo alcanzan. En casos extremos esto es tan visible que se torna grotesco. Pero no es más que la coherencia extrema de un aislamiento del poderoso a través del inevitable aparato de poder. La misma lógica interna se materializa en la permanente rotación de poder directo e influencia indirecta en innumerables planteamientos de la vida cotidiana. No hay poder humano que pueda sustraerse a esta dialéctica de autoafirmación y autoalienación.

INTERMEZZO: BISMARCK Y EL MARQUÉS DE POSA

La lucha por el pasaje, por el acceso a la cima del poder, es una lucha particularmente intensa mediante la cual se realiza la dialéctica interna del poder y la carencia de poder humanos. Antes que nada, debemos tener presente este hecho en su realidad, sin retórica ni sentimentalismos, pero también sin cinismo o nihilismo. Quisiera, por lo tanto, ilustrar el problema con dos ejemplos.

El primer ejemplo es un documento relacionado con la historia constitucional: la dimisión de Bismarck de marzo de 1890. Está publicada en el tercer tomo de sus *Pensamientos y recuerdos* y es objeto de un análisis detallado. En todos sus aspectos, en su fundamentación, en su línea de pensamiento y su cadencia, en lo que dice así como en lo que calla, es el resultado de la reflexión de un estadista magistral. Fue el último acto oficial de Bismarck, que lo diseñó, le dio forma y estilo, ponderándolo a fondo. El *Reichskanzler* [canciller imperial], viejo y experimentado, el creador del Imperio, se enfrenta al heredero sin

experiencia, el joven rey y emperador Guillermo II. Entre ambos hay numerosas discrepancias objetivas así como diferencias de opinión tanto en cuestiones de política interna como de política exterior. Pero el núcleo de la dimisión, el detonante, es algo puramente formal: la disputa sobre la manera en que el canciller puede obtener información y el modo en que el rey y emperador debe informarse. Bismarck reivindica aquí su derecho a disponer de entera libertad para hablar con quien quiera y recibir a los huéspedes que quiera. Al rey y emperador, en cambio, le niega el derecho a escuchar el informe de un ministro a menos que Bismarck –el jefe de gobierno– se encuentre presente. El problema de informar directamente al rey se convirtió así en el tema central de la dimisión de Bismarck. Con ella comienza la tragedia del Segundo Reich. El problema de informar al rey es, en verdad, el problema central de toda monarquía, porque es el problema del acceso a la cima del poder. El barón vom Stein fue otro de los funcionarios que se desgastaron en la lucha contra los consejos secretos de gabinete. Ni siquiera Bismarck estuvo exento del fracaso ante el problema, eterno y de antigua data, del acceso a la cima.

Tomamos el segundo ejemplo del poema dramático *Don Carlos* de Schiller. Un gran drama-

turgo demuestra aquí su capacidad para captar la esencia del poder. El argumento del drama gira en torno a una pregunta: “¿Quién tiene acceso directo al rey, Felipe II, monarca absoluto?”. Quien tenga acceso directo al rey participará de su poder. En un principio son sólo su confesor y el general, el duque de Alba, quienes poseen poder y no permiten el acceso al rey. Aparece luego un tercero, el marqués de Posa, y ambos reconocen de inmediato el peligro. El drama alcanza el punto culminante de tensión dramática al concluir el tercer acto, cuando, en la última oración, el rey ordena: “¡En adelante, el caballero –el marqués de Posa– podrá ingresar sin ser anunciado!”. Es enorme el efecto dramático de este anuncio, no sólo sobre los espectadores sino también sobre todos los personajes que intervienen en el drama. “Esto es demasiado –dice Don Carlos, al enterarse–, demasiado, en verdad demasiado.” El confesor Domingo le dice tembloroso al duque de Alba: “Nuestro tiempo ha pasado”. Tras ese punto culminante comienza el giro súbito hacia la tragedia, la peripecia del gran drama. El desdichado marqués de Posa ha logrado el acceso directo al poder pero paga por ello con su vida cuando recibe el tiro mortal. No sabemos qué habría hecho él con el confesor y el general si hubiera podido afianzar su posición ante el rey.

IV.

CS: Por impresionantes que puedan ser estos ejemplos, no deje de tener en cuenta, señor E, el contexto en el que estamos considerando todo esto: como un momento en la dialéctica interna del poder humano. Restan todavía algunas preguntas más que podemos discutir aquí de la misma manera; por ejemplo, el problema abismal de la *sucesión* en el poder, ya sea dinástica, democrática o carismática. Pero ya debería estar suficientemente claro lo que implica esta dialéctica.

E: Yo sigo viendo sólo el esplendor y la miseria humanas; usted habla siempre de dialéctica interna. Yo quisiera hacerle ahora una pregunta muy simple: si el poder que ejercen los hombres no procede de Dios ni de la naturaleza, sino que es una cuestión de la relación entre los hombres, ¿es bueno o malo, o qué es?

CS: Esta pregunta es más peligrosa de lo que usted puede suponer. La mayoría de los hom-

bres respondería, como si fuera evidente: “El poder es bueno si lo ejerzo *yo*; es malo cuando lo posee mi enemigo”.

E: Mejor expresémoslo así: el poder en sí mismo no es bueno ni malo; en sí mismo es neutro; es lo que el hombre hace de él: en manos de un hombre bueno, es bueno; es malo en manos de un hombre malo.

CS: ¿Y quién decide en un caso concreto si un hombre es bueno o malo? ¿El propio poderoso u otro? Tener el poder significa, sobre todo, tener la posibilidad de definir si un hombre es bueno o malo. Es parte de su poder. Si es otro quien decide, es precisamente ese otro quien posee el poder o por lo menos quien lo emplea.

E: Entonces el poder en sí mismo parece ser neutro.

CS: Quien cree en un Dios todopoderoso y bondadoso, no puede declarar que el poder es malo ni neutro. Es sabido que san Pablo, apóstol de la cristiandad, dice en su epístola a los romanos: “Todo poder proviene de Dios”. El papa san Gregorio Magno, modelo de pastor,

se expresa sobre el tema con una claridad y una decisión enormes. Escuche lo que dice:

Dios es el poder supremo y el ser supremo. Todo poder procede de él y en su esencia es y se mantiene divino y bueno. Si el demonio tuviese poder, también este poder, en cuanto es poder, sería divino y bueno. Sólo la voluntad del demonio es mala. Pero aun a pesar de esta voluntad demoníaca siempre maligna, el poder sigue siendo divino y bueno en sí mismo.

Lo dice san Gregorio Magno: sólo la voluntad de poder es mala, pero el poder en sí mismo siempre es bueno.

E: Eso es directamente increíble. Me resulta más convincente Jacob Burckhardt, que dijo, como es sabido: “El poder en sí mismo es malo”.

CS: Analicemos un poco más de cerca esta famosa sentencia de Burckhardt. Así dice el fragmento decisivo de sus *Reflexiones sobre la historia universal*:

Se demuestra ahora –pensemos en Luis XIV, en Napoleón y en los gobiernos populares revolucionarios– que el poder en sí mismo es

malo (Schlosser), que sin considerar religión alguna, al Estado se le confiere el derecho al egoísmo que le es negado al individuo.

El editor de las *Reflexiones sobre la historia universal*, el sobrino de Burckhardt Jacob Oeri, agregó entre paréntesis el nombre de Schlosser, sea como prueba, sea como autoridad.

E: Pero Schlosser era cuñado de Goethe.

CS: El cuñado de Goethe se llamaba Johann Georg Schlosser. Aquí se trata de Friedrich Christoph Schlosser, el autor de una historia humana universal que a Jacob Burckhardt le gustaba citar en sus clases. Pero ninguno de ellos, si usted quiere, ninguno de los tres, ni Jacob Burckhardt ni ambos Schlosser juntos, están a la altura de Gregorio Magno.

E: ¡Pero ya hace mucho tiempo que no estamos en la Edad Media temprana después de todo! Estoy seguro de que hoy en día Burckhardt le resulta más convincente a la mayoría que Gregorio Magno.

CS: Está claro que desde los tiempos de Gregorio Magno debe haber cambiado algo esencial

con respecto al poder. También en sus tiempos había guerras y horrores de toda clase. Por otra parte, los poderosos en quienes, según Burckhardt, se manifiesta el poder de manera particular –Luis XIV, Napoleón y los gobiernos de la Revolución Francesa– son poderosos relativamente modernos.

E: Pero todavía no contaban ni siquiera con vehículos motorizados. Y ni se *imaginaban* que aparecerían cosas como la bomba atómica y la bomba de hidrógeno.

CS: No debemos considerar a Schlosser y Burckhardt como hombres santos, debemos verlos como hombres rectos, que no harían una afirmación semejante con ligereza.

E: ¿Cómo es posible, entonces, que un hombre recto del siglo VII piense que el poder es bueno, mientras que lo consideran malo otros hombres, también rectos, en los siglos XIX y XX? Tiene que haber cambiado algo esencial.

CS: Creo que en el transcurso del siglo pasado la esencia del poder humano se nos reveló de manera muy particular. En otras palabras, es

curioso que la teoría del poder malo se haya difundido precisamente a partir del siglo XIX. Habíamos pensado que el problema del poder se solucionaría o en todo caso se mitigaría si dicho poder no proviniera de Dios ni de la naturaleza, si fuera algo que los hombres acordaran entre sí. ¿A qué debe temerle entonces el hombre si Dios ha muerto y el lobo ya no espanta ni siquiera a los niños? Pero es precisamente a partir de la época en que parece completarse esta humanización del poder –a partir de la Revolución Francesa– que se difunde de manera irresistible la convicción de que el poder en sí mismo es malo. La sentencia *Dios ha muerto* y la otra sentencia *El poder es malo en sí mismo* proceden de la misma época y de la misma situación. En el fondo ambas afirman lo mismo.

V.

E: Esto requiere una explicación ulterior.

CS: Para comprender la esencia del poder humano como se nos ha revelado en la situación presente, lo mejor es que empleemos una relación que encontró el mencionado filósofo inglés Thomas Hobbes, que sigue siendo el más moderno de todos los filósofos que han tratado el tema del poder exclusivamente humano. Hobbes expuso esta relación y la definió con toda exactitud. La llamaremos –usando el nombre del mismo Hobbes– la “relación hobbiana de peligrosidad”. Dice Hobbes: para los hombres por quienes se cree amenazado, el hombre es más peligroso que cualquier animal, así como las armas humanas son más peligrosas que las del animal. Es una relación clara y definida.

E: Ya había dicho Oswald Spengler que el hombre es un animal de rapiña.

CS: Perdona, pero la relación de peligrosidad que establece Thomas Hobbes no tiene absolutamente nada que ver con la teoría de Oswald Spengler. Hobbes presupone, por el contrario, que el hombre *no* es un animal, sino algo totalmente distinto. Por una parte, es menos que un animal; por otra, es mucho más. El hombre está en condiciones de compensar sus debilidades biológicas y sus deficiencias mediante inventos tecnológicos, hasta de compensarlas en exceso. Pero preste atención. Alrededor de 1650, cuando Hobbes expuso esta relación, las armas del hombre –arco y flecha, hacha y espada, fusiles y cañones– ya eran muy superiores, suficientemente peligrosas, comparadas con las garras del león o los dientes del lobo. Sin embargo, la peligrosidad de los recursos técnicos ha crecido en la actualidad de manera ilimitada. Como consecuencia, la peligrosidad del hombre respecto de los demás hombres ha crecido en forma proporcional. De esta manera, la diferencia entre el poder y la carencia de poder crece en forma tan ilimitada que lleva el concepto mismo de hombre a un nuevo planteo.

E: No comprendo.

CS: Escuche bien. ¿Quién es el hombre aquí? ¿El que produce y emplea estos modernos medios de destrucción o aquel contra quien son empleados? Avanzamos otro paso si decimos: el poder –tanto como la técnica– no es bueno ni malo en sí mismo, sino neutro; es, por lo tanto, aquello que el hombre hace de él. Esto no sería más que evadir la auténtica dificultad, la pregunta acerca de la persona que decide sobre las cualidades de bueno y malo. El poder de los recursos de destrucción modernos supera la fuerza de los seres humanos que los inventan y los utilizan tanto como las posibilidades de las máquinas y procedimientos modernos superan la fuerza de los músculos y el cerebro humanos. En esta estratosfera, en esta región supersónica, la cuestión de la buena o mala voluntad humana ya no es parte del problema. En el instante decisivo, el brazo humano que sostiene la bomba atómica, el cerebro humano que estimula los músculos de ese brazo humano, no es tanto un miembro del ser humano individual como una prótesis, una parte del aparato técnico y social que produce la bomba atómica y la utiliza. El poder del poderoso como ser individual no es aquí nada más que el producto de la situación resul-

tante de haber llevado demasiado lejos el sistema de división de trabajo

E: ¿Acaso no es impresionante que nosotros ingresemos hoy a la estratosfera o a la región supersónica o al espacio y que tengamos máquinas que calculan mejor y más rápidamente que cualquier cerebro humano?

CS: Es en este "nosotros" donde reside la verdadera pregunta. Ya no es el hombre como tal, sino una reacción en cadena desatada por él la que logra todo esto. Al superar los límites de la naturaleza humana, trasciende también todas las medidas humanas de cualquier poder imaginable del hombre sobre el hombre. También supera la relación de protección y obediencia. El poder se le ha escapado de las manos al hombre mucho más que la técnica; los hombres que usan esos recursos tecnológicos para ejercer su poder sobre otros ya no están entre iguales con los hombres expuestos a su poder.

E: Pero, de hecho, los que inventan y fabrican los modernos recursos de destrucción tampoco son nada más que hombres.

CS: El poder que originaron es una magnitud objetiva, autónoma, respecto de ellos también. Esta magnitud supera incesantemente la reducida capacidad física, intelectual y psíquica del inventor individual. Al crear estos recursos de destrucción, los inventores trabajan simultáneamente y sin saberlo en la aparición de un nuevo Leviatán. Ya el Estado moderno, plenamente organizado, de los siglos XVI y XVII era un producto técnico artificial, un superhombre creado por hombres y constituido por hombres, que bajo la apariencia del Leviatán se opone con superpoder, como gran hombre, $\mu\acute{\alpha}\kappa\rho\varsigma \ \acute{\alpha}\nu\theta\rho\omega\pi\omicron\varsigma$, a los hombres pequeños que lo conforman, al individuo singular, al $\mu\acute{\iota}\kappa\rho\varsigma \ \acute{\alpha}\nu\theta\rho\omega\pi\omicron\varsigma$. El Estado europeo de la Edad Moderna, con su buen funcionamiento, fue en este sentido la primera máquina moderna, así como la condición previa concreta de todas las máquinas tecnológicas posteriores. Fue la máquina de las máquinas, la *machina machinarum*, un superhombre hecho de hombres, que se materializa a través del consenso humano y que, no obstante, una vez que está allí, supera todo consenso humano. Burckhardt percibe el poder como malo en sí mismo precisamente porque se trata de un poder organi-

zado por los hombres. Con su famosa sentencia, por ende, no se refiere a Nerón ni a Gengis Kan sino a poderosos europeos típicamente modernos: Luis XIV, Napoleón y los gobiernos populares revolucionarios.

E: Quizás haya inventos científicos ulteriores que puedan cambiar todo esto, darle una solución.

CS: Sería bueno. Pero ¿cómo pueden cambiar el hecho de que poder y carencia de poder hoy ya no se encuentren frente a frente ni se miren de hombre a hombre? Las masas de hombres que se sienten indefensos, expuestos al efecto de los recursos modernos de destrucción, saben antes que nada que son impotentes. La realidad del poder va más allá de la realidad del hombre.

No digo que el poder de los hombres sobre los hombres sea bueno. Tampoco digo que sea malo. Mucho menos digo que sea neutro. Como ser pensante me avergonzaría decir que es bueno cuando soy yo quien lo posee y malo cuando lo posee mi enemigo. Sólo digo que es una realidad autónoma respecto de todos, incluso del poderoso, y que lo lleva a su dialéctica. El poder

es más fuerte que cualquier voluntad de poder, más fuerte que cualquier bondad humana y por fortuna más fuerte también que cualquier maldad humana.

E: Es tranquilizador que el poder como magnitud objetiva sea más fuerte que toda maldad de los hombres que lo ejercen; por otra parte, sigue siendo insatisfactorio que también sea más fuerte que la bondad del hombre. No me resulta suficientemente positivo. Es de esperar que usted no sea maquiavelista.

CS: Ciertamente no lo soy. Por otra parte, tampoco el mismo Maquiavelo era maquiavelista.

E: Me parece demasiado paradójico.

CS: Para mí es muy sencillo. Si Maquiavelo hubiera sido maquiavelista, ciertamente no habría escrito libro alguno que lo hubiera mostrado bajo una luz desfavorable. Habría publicado libros piadosos y edificantes, mejor aún, un anti-Maquiavelo.

E: Por supuesto que eso hubiera sido más astuto. Pero debe haber aplicaciones prácticas

de su punto de vista. Entonces, en conclusión, ¿qué debemos hacer?

CS: ¿Qué debemos hacer? ¿Recuerda el comienzo de nuestra conversación? Usted me preguntó si yo tenía poder o si carecía de él. Ahora podemos dar vuelta la cosa devolviéndole yo la pregunta: ¿tiene usted poder o carece de poder?

E: Pareciera que quiere evitar mi pregunta acerca de las aplicaciones prácticas.

CS: Por el contrario, sólo quería tener la oportunidad de darle una respuesta sensata a su pregunta. Si alguien pregunta sobre aplicaciones prácticas en referencia al poder, no es lo mismo que tenga poder o que no lo tenga.

E: Por supuesto. Pero usted no deja de repetir que el poder es algo objetivo, más fuerte que el hombre que lo emplea. Debe haber algunos ejemplos de aplicaciones prácticas.

CS: Hay un número interminable, tanto de quien tiene poder como de quien no lo tiene. En otras palabras, sería un éxito enorme si pudiera lograrse que el verdadero poder apareciera, público y visible, en la escena política.

Al poderoso, por ejemplo, le recomendaría que nunca se presentara en público sin los atributos ministeriales o la vestimenta correspondiente. A quien no tiene poder le diría: no creas que eres bueno tan sólo porque no tienes poder. Y si la carencia de poder le causa sufrimiento, le recordaría que la voluntad de poder es tan autodestructiva como la voluntad de placer o la de poseer otras cosas que saben a más. A los miembros de una asamblea constituyente o consultiva los exhortaría a tener en cuenta especialmente el problema del acceso a la cima, para que no crean que les sería posible organizar el gobierno de un país siguiendo un modelo, como si fuera una tarea que conocen desde hace mucho tiempo. En pocas palabras, puede ver que hay muchas aplicaciones prácticas.

E: Pero ¿y el hombre? ¿Dónde queda el hombre?

CS: Todo lo que un hombre -con poder o sin él- piense o haga transita por el pasaje de la conciencia humana y de las otras capacidades de los hombres como individuos.

E: ¡El hombre es entonces un hombre para el hombre!

CS: Lo es, ciertamente. Sólo que siempre lo es de manera muy concreta. Esto significa, por ejemplo, que el hombre Stalin es un Stalin para el hombre Trotski y el hombre Trotski es un Trotski para el hombre Stalin.

E: ¿Eso será lo último que diga?

CS: No. Al respecto quisiera decirle también que la bella fórmula “El hombre es un hombre para el hombre” –“homo homini homo”– no es una solución; no es más que el principio de nuestra problemática. Lo digo en tono crítico, pero con total aprobación, con el sentido de este magnífico verso: “Pues ser un hombre sigue siendo, a pesar de todo, una decisión”.*
Y no diré nada más.

* Verso del poema “Entschluss” [Decisión], incluido en Theodor Däubler, *Das Nordlicht*, 2da. parte, Múnich y Leipzig, 1910. [N. de la T.]

RESUMEN DEL DESARROLLO DEL DIÁLOGO

Planteo	13
I. Inicio: El hombre no es lobo / ni Dios / sino hombre	15
II. Escala: El consenso genera poder / El poder genera consenso	21
III. Estación: La antesala del poder y el problema del acceso a la cima	25
Intermezzo: Bismarck y el marqués de Posa	35
IV. Pregunta simple: El poder en sí mismo ¿es bueno / malo / o neutro?	39
V. Resultado claro: El poder es más fuerte que la bondad / la maldad / o la neutralidad del hombre	45
Conclusión	53